



Epílogo

Breve semblanza de Óscar Urriago - *in memoriam*

Escribir sobre o hablar de Óscar Urriago, sin su presencia física, fue una tarea difícil para muchos de nosotros y nosotras que tuvimos la oportunidad de conocerlo, convivir con él sea por vínculo familiar, o como amiga y amigo; sea por su activismo social o como agente de pastoral, o por haber sido asesorado, asesorada, o sencillamente por haber tenido la oportunidad de tenerlo como profesor en los cursos y diplomados de Planificación Pastoral Participativa. Desde los diferentes lugares y formas afectivas que nos vinculamos con él, sea en su rol como papá, esposo, hermano, amigo, asesor, profesor, activista social y agente pastoral etc., lo cierto es que cada uno y cada una de nosotras vamos tratando, a nuestra manera, de asimilar su ausencia física y de transitar de la presencia-ausente a la memoria viva.

Acostumbrarnos a continuar el camino sin su risa, sus reflexiones audaces y actuales, su vitalidad, fuerza y compromiso; su alegría, bailes, e incluso, a su terquedad será un proceso que poco a poco irá siendo asimilado. La mejor forma de ayudarnos en este proceso colectivo es escribir sobre una de sus mayores apuestas:



la formación de agentes pastorales y sociales en la planificación participativa, que es el objetivo central de esta publicación.

Para ello, queremos compartir con los lectores una breve semblanza de Óscar Urriago que cierra la Revista dedicada como homenaje a la Planificación Pastoral Participativa. En medio de tantos textos, elegimos la homilía del Padre Gabriel Naranjo Salazar, en ocasión de la eucaristía realizada a 07 días de su partida. Muchos nos sentimos tocados por estas palabras que sintetizaron profundamente lo que fue y todo lo que ha significado Óscar Urriago para nosotros y nosotras.

*Zenaide Rodríguez (Brasil),
Iván Ariel Fresia sdb (Argentina) y
Víctor Andrés Galindo Ángel (Colombia)*



Homilía

*Gabriel Naranjo Salazar, CM**

Bogotá, Parroquia del Espíritu Santo, 12 de febrero de 2022

Textos: Sab 3, 1-9; Sal 24, 6-7c. 17-18. 20-21; 1 Cr 13; Jn 14, 1-14

Las lecturas bíblicas que acabamos de oír contienen una triple luz, que ilumina el motivo que nos ha congregado: el funeral de Óscar Urriago. La primera, rompe las tinieblas de la muerte de todo ser humano con la aurora de la inmortalidad; la tercera, eleva ese horizonte al resplandor teológico de la resurrección; la segunda, sostiene el viaje terreno del creyente hacia esa doble meta. Más concretamente, la primera señala la faceta humana de Óscar; la tercera, confirma el premio reservado al servidor fiel del Evangelio; la segunda, indica el camino de quienes lo reconocimos como un “santo de la puerta de al lado”, gracias a nuestros vínculos con él de sangre, de carisma, de trabajo, de afecto...

* Especialista en Teología Bíblica por la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá) y en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico (Roma). Fue Secretario General de la CLAR, actualmente es el Coordinador de la Coalición de Religiosos/as de la ONU para la Justicia.



Primera Luz: el Libro de la Sabiduría, que por cierto no forma parte del canon judío ni del protestante por su original lengua griega, pertenece a la literatura sapiencial del Antiguo Testamento que, por lo general, surge en un ambiente religioso o filosófico, más que creyente, intenta responder por el sentido de la muerte y, más precisamente, por la problemática de la retribución de los rectos, que habían respirado los libros de Job y del Eclesiastés. De ahí que sostenga la inmortalidad como el espacio donde Dios acepta el sacrificio de holocausto de los justos: en las imágenes de la luz y en su resplandor se vislumbra un juicio escatológico que asegura el triunfo de los buenos sobre los malvados: “Sus almas están en las manos de Dios”. Por eso, su muerte no tiene nada de “desgracia”, de “desastre”, de “castigo”; todo lo contrario, es una experiencia de “paz”, de “esperanza” cumplida, de “presencia de Dios”. Aún más, su existencia en el más allá, gracias a que “han sido probados por Dios como oro en el crisol”, tiene una proyección retrospectiva e histórica, en el sentido de que su vida terrena continúa haciéndose presente entre quienes los recordamos como “chispas que prenden por un cañaveral”.

Segunda Luz: no obstante, podría decirse que la inmortalidad se puede afirmar suficientemente desde una perspectiva racional, más precisamente helenista, sin la solidez de la fe que utiliza el lenguaje de la resurrección como triunfo de Dios sobre la muerte y como vida plena en una total comunión con Él, glorificada. Sí, en la primera lectura se habla de premio, mientras que en el Evangelio, de morada en la casa del Padre. Este texto de Juan hace parte del Discurso de Despedida del Maestro, que se refiere a las relaciones de Jesús glorificado con el Padre. De esta manera, el patíbulo de la muerte, de Él y de quienes en Él creemos, se convierte en un triunfo pascual. Se trata de una enseñanza que el Maestro dirige directamente a los discípulos, los Apóstoles y nosotros, sus seguidores de todos los tiempos. Refiere las intervenciones de dos de ellos: Tomas: “¿Señor, no sabemos a dónde vas?, ¿cómo vamos a saber el camino?”; Felipe: “Señor, muéstranos al Padre, eso nos basta”. Ese lugar y esa relación tienen que ver con una realidad que supera la inmortalidad y el premio, y se convierte en plena

comuni3n con Dios: “En la casa del Padre, hay lugar para todos”, habitaciones suficientes para todos sus hijos.

Tercera Luz: all3 mismo sostiene Jes3s de Nazaret que 3l es “el camino, la verdad y la vida, que nadie puede llegar hasta el Padre sino por 3l”, gracias al amor que los une. De este amor y de esta comuni3n habla Pablo en la Primera Carta a los Corintios, en tres sentidos:

- a) Del amor que vale m3s que todo lo que uno pueda ser o hacer: m3s que el don de lenguas, que la ciencia, que la misma fe, que el desprendimiento, que la generosidad, inclusive que entregar “el cuerpo a las llamas”, “si yo no tengo amor, nada soy, nada me sirve; result3 ser apenas como una campana que suena o un platillo que aturde”.
- b) Del amor como una realidad humana que se manifiesta en la paciencia, la bondad, la verdad, la humildad, la tolerancia, el respeto, la justicia.
- c) Del amor como una realidad trascendente y teologal:

El amor nunca pasar3, desaparecer3 lo imperfecto, cuando venga lo perfecto. Ahora vemos oscuramente, pero un d3a nos veremos cara a cara... Ahora conozco imperfectamente, pero un d3a conocer3 como Dios mismo me conoce”. En ese sentido, “subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad.

4. Esta triple Luz en 3scar Urriago: “Ahora, Se3or, seg3n promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz; porque mis ojos han visto a tu salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel”.

De su existencia humana digamos simplemente que era de Palmira, Valle, pero que se cri3 con su mam3 y sus hermanos en Cali. Siempre respir3 con orgullo su condici3n de obrero y la



marca cristiana de la JOC, Juventud Obrera Católica. Fue ante todo un educador, un pedagogo, un formador, un metodólogo: asesor de proyectos sociales y pastorales; impulsor de procesos sociales de ONGs y organizaciones eclesiales y religiosas; diseñador de diagnósticos sociales; acompañante de procesos formativos y sociales; docente e inspirador de gestión participativa; acompañante de procesos de evaluación, reestructuración, reconfiguración y resignificación; diseñador de modelos pedagógicos para la formación de agentes sociales y pastorales; docente en el ITEPAL, hoy CEBITEPAL, del CELAM, durante muchos años; profesor de trabajo social en la Universidad del Valle del Cauca, de pastoral participativa en la Universidad Javeriana de Bogotá, de pastoral juvenil, de planificación y de formación de agentes en la Casa de la Juventud asesor y consultor de congregaciones religiosas, familias carismáticas, y de organizaciones no gubernamentales de América Latina, Europa y Asia. Con razón se consideraba ciudadano del mundo. Nunca olvidaremos lo que hizo por las Hermanas Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora y tantas otras comunidades de Colombia y del Continente.

Fue un hombre intachable: jamás hubo queja alguna sobre su integridad; lo caracterizaron las buenas maneras en el trato con los demás, y la franqueza respetuosa para emitir opiniones; era esencialmente alegre, aunque discreto; tuvo un afecto especialísimo por su familia, pero también por los amigos, por los alumnos y por los pobres; en estos últimos gastó toda su energía vital e intelectual. Fiel a los amigos, solícito por los hambrientos de pan y de palabras de vida, servicial desde la cabeza hasta los pies, incondicional para responder a cualquier pedido, a cualquier necesidad, a cualquier llamado, a cualquier consejo.

Su fe se expresó, no en prácticas devocionales o confesionales, sino en el amor, manifestado en una lucha inquebrantable, apasionada, profética, por la justicia y por su incidencia en las estructuras de la sociedad y de la Iglesia. Claro que expresaba su pertenencia a la Iglesia con la devoción a la Virgen María y la Eucaristía, pero más radicalmente con los principios y las orientaciones que la hicieran más evangélica y la comprometieron

más radicalmente con la instauración del Reino, por la ciudadanía teológica de los pobres. De ahí su opción de toda la vida por los más desheredados, los jóvenes y los trabajadores. La columna vertebral de su espiritualidad fue un pensamiento y un comportamiento orientados al cultivo de la vida, de la justicia, y de la paz.

Su celo apostólico lo llevó a trabajar sin descanso, de día y de noche, en jornadas laborales y de fines de semana, durante el ciclo de los años lectivos y de las vacaciones.

Respiró siempre una pasión intelectual, que se alimentaba de la lectura y la investigación, y se expresaba en una perspicacia excepcional, en un sentido crítico equilibrado, en una admirable capacidad de análisis de las personas, los grupos, los acontecimientos...

De él, en síntesis, se puede afirmar lo que dijo San Agustín: “*vita bonorum lectio viva est*”: la vida de los buenos es una página abierta de la Palabra de Dios. De ahí que lo incluyamos en la lista que sugiere el Papa Benedicto XVI en la *Spe Salvi*: la vida es como un viaje por el mar de la historia, en cuyos momentos de tormenta alzamos la mirada para buscar la luz de las estrellas, que son esas personas que han sabido vivir rectamente.